



Leone, durante uno de sus últimos actos públicos antes de su obligada dimisión: saludando al sucesor de Cossiga, Virginio Rognoni, como ministro italiano del Interior.

LEONE: UN MISTERIO

EDUARDO HARO TECGLÉN

SEIS meses antes de su cese oficial, del final obligatorio de su mandato, el Presidente de la República de Italia dimite de su cargo por un asunto de corrupción que se descubrió y se maneja desde hace dos años, y por unas costumbres de dispendio y ostentación que le son habituales desde que ocupó la Presidencia de la República, hace seis años y medio. ¿Por qué los partidos políticos, especialmente el Partido Comunista, han presionado con tanta energía precisamente en este momento? ¿No hubiera sido más lógico esperar el escasísimo tiempo que quedaba? Hay algún misterio que no se aclara en ese suceso, en este escándalo. ¿Se temía que partiera alguna iniciativa insólita de Leone? ¿Convenía ahora, precisamente, el escándalo? Hace unos meses, toda la cuestión de la Presidencia de la República está dilucidada. Leone se iba constitucionalmente y resultaba elegido Aldo Moro, por consenso de todos los partidos políticos. Podría quizá oponerse otro candidato, el socialista De Martino. Pero comenzaron a ocurrir cosas extrañas. En

1977 secuestraron al hijo del secretario general del Partido Socialista, De Martino: pidieron un secuestro elevado —unos ochenta millones de pesetas— y De Martino los pagó. No tenía suficiente dinero, lo buscó por todas partes y obtuvo una gran cantidad de dinero del Partido Comunista. Recuperó a su hijo, pero quedó en entredicho: primero, por haber pactado con los terroristas; segundo, por estar obligado económicamente al Partido Comunista; tercero, porque su fortuna personal apareció más elevada de lo que parecía lógico en un político socialista. Poco tiempo después se producía el secuestro de Aldo Moro y su asesinato, con lo que desaparecía el virtual heredero de Leone. Más aún, las cartas de Moro dejaban en mal lugar a quien había sido su protegido y debía ser su heredero en la candidatura de la Democracia Cristiana para la Presidencia, Zacagnini. Y parece que los comunistas le votan ahora.

Cuando se estaba debatiendo, en reuniones privadas, la posibilidad de un consenso para la sucesión de Leone, éste dimite, en un acto prácticamente sin

precedentes en la historia italiana —De Nicola dimitió en 1946, pero estaba previsto: su cargo sólo debía durar hasta que se promulgase una nueva Constitución; Antonio Segni dimitió en 1946 porque estaba seriamente enfermo— y el posible consenso entre los partidos debe realizarse en un plazo de quince días, que es lo que la Constitución actual determina para la nueva elección. Ya está fijada para el 29 de este mes. Y existe la posibilidad de que la asamblea de compromisarios —los miembros del Senado, los diputados, los delegados de los Consejos regionales: mil once personas, en total— tarde días y días en llegar a un acuerdo. Más aún, la elección de un nuevo Presidente hace formalmente obligatoria la dimisión del Gobierno actual, aunque el nuevo Presidente puede encargar que forme Gobierno el propio dimisionario. De forma que, en el mes de julio, Italia puede verse enfrentada con una crisis ministerial, quizá con una disolución de la Asamblea y unas elecciones generales. ¿Es tal vez eso lo que se pretendía?

La verdad es que Giovanni

Leone era un hombre vulnerable. Abogado napolitano, con todas las características de un personaje de Vittorio de Sica, con su acento al hablar, su gesticulación, sus supersticiones —hacia frecuentemente con la mano el signo de los cuernos para ahuyentar el mal de ojo: se le fotografió así cuando visitaba a unos afectados por el cólera, cuando era abucheado por los estudiantes en Pisa—, tenía fama de buen penalista —ha escrito más de un tratado de Derecho Penal—, fue uno de los fundadores de la Democracia Cristiana en Nápoles, siguiendo la vocación de su padre, que perteneció al partido católico. Era listo, audaz, buen orador, trabajador. A los treinta y seis años fue diputado y la Democracia Cristiana le elevó pronto a presidente de la Cámara. Al mismo tiempo que ascendía vertiginosamente en la política, ascendía también en los negocios: sus enemigos dijeron que no se trataba de dos carreras separadas, sino de una sola.

En 1964 fue candidato a la Presidencia de la República. Fue un subterfugio de su partido. Aquel año, siguiendo una

LEONE

costumbre no escrita ni claramente decidida de alternar la Presidencia entre un democristiano y un laico, la Presidencia le correspondía a un laico, que iba a ser Saragat, socialdemócrata. Los democristianos no tenían ningún interés en "quemar" sus grandes nombres y lanzaron, por la forma, a uno sin esperanzas, que fue Leone. Se sucedieron las votaciones —hasta 21— y, en el momento previsto, Leone se retiró para que saliese Saragat, el cual le premió nombrándole senador vitalicio. Había representado un excelente papel. En 1968 tuvo que representar otro papel: el de presidente del Consejo de Ministros, en un Gobierno que se sabía provisional y que tenía que desaparecer en cuanto su partido y los socialistas se pusieran de acuerdo en construir una mayoría estable; cumplió también su papel satisfactoriamente.

Cuando se celebraron las elecciones presidenciales en 1971, Leone no soñaba con ser elegido. No era ni siquiera candidato. Correspondía la Presidencia a un cristiano, y el designado era Fanfani. El personaje no gustaba a los laicos, que le pusieron enfrente una figura sólida: De Martino. Durante quince días se sucedieron las votaciones. Finalmente, los dos grandes grupos cambiaron sus candidatos. Se retiró De Martino para dejar paso a Nenni, y la Democracia Cristiana llamó a Leone. Fue elegido Leone, pero para ello tuvo que contar con los votos de los neofascistas y otros grupos de la extrema derecha, que le consideraban mejor que Fanfani y que se conmovieron ante el terror de Nenni, figura de la izquierda dentro de su partido. Los votos fascistas han pesado toda la vida en las espaldas de Leone. Quién sabe si ahora, en plena desestabilización política, se ha temido que el Presidente Leone realizara alguna maniobra de acuerdo con los fascistas y las derechas, legalizando con su cargo una forma especial de golpe de Estado...

Cuando Leone se izó a la Presidencia de la República, se transformó. Dejó definitivamente de ser la figura simpática y pintoresca del abogado napolitano para convertirse en un hombre de sociedad. Se transformó, sobre todo, su familia. Su esposa Vittoria —dieciocho años menor que él— fue un personaje muy visible. Se le han dedicado artículos y libros: uno de ellos, "Donna Vittoria, amore mio", con gran éxito de ventas. Aparecieron sus hijos en escena. Mauro, especialmente: un personaje de la "dolce vita" romana. Como príncipes, como delfines: cautos, audaces. "Los

tres golfos" les ha llamado Camilla Cederna en un libro, "La carrera del Presidente", al que se atribuye gran parte de la caída de Leone. Los negocios de Leone comenzaron a multiplicarse. Y sus compras, sus fincas. La villa que tiene cerca de Roma —donde ha ido ahora al abandonar palacio— se dice que ha sido elevada en terrenos comunales y construida con la ayuda de los fondos públicos destinados a construir casas baratas para los trabajadores.

Prácticamente nadie ignoraba en Roma que Giovanni Leone se estaba enriqueciendo en su cargo. La Presidencia de la República italiana es mucho más limitada constitucionalmente que la de Francia o la de Estados Unidos: es un puesto emblemático. Pero tiene muchas posibilidades de favorecer, ayudar o dirigir a los perdidos

tros, sobre todo de Defensa, pero se guardó en secreto el verdadero nombre de un personaje que aparecía como Antelope Cobbler. Este personaje habría distribuido dinero entre los ministros sobornables. Pronto se pensó que este seudónimo ocultaba la propia persona del Presidente de la República, comprometido ya por la complicidad de dos napolitanos, amigos suyos, los hermanos Lefebvre.

El tema se llevó con delicadeza. Leone se defendió, los partidos tuvieron cuidado en sus acusaciones. Pero, de pronto, vuelve a surgir todo. Primero aparece el libro ácido y escandaloso de la Cederna; luego, una ofensiva de los partidos de la extrema izquierda, apoyados por el "Espresso". El semanario, de enorme influencia, muy próximo a los radicales —izquierdistas—, ha retrasado la

por; los republicanos anunciaron un congreso nacional para tratar del tema. Marco Panella —radical— anunció que haría una huelga de hambre a las puertas de palacio hasta que Leone dimitiera. Al día siguiente se sumaron los comunistas. Todo el mundo coincide en señalar que el ataque comunista ha sido el decisivo, y que apenas se produjo, Fanfani y Zaccagnini se precipitaron a palacio para instar a Leone a que dimitiera. Horas después se producía el patético adiós: si no había dimitido antes había sido por miedo a las consecuencias para el país. "Una dimisión puede crear en un momento inadecuado perturbaciones graves, puede influir sobre el equilibrio político general y tener repercusiones en el exterior del país". Pero "en el momento en el que la campaña de difamación parece haber contaminado la confianza de las fuerzas políticas", sólo podía ya tomar esta determinación. Sin embargo, ha servido al país durante seis años y medio como "un hombre honesto", "en el respeto a la Constitución, con dignidad y moral": "Estoy seguro de que la verdad terminará por iluminar el presente y el pasado y por rechazar un método que, si arraigara, se convertiría en un instrumento demasiado cómodo para determinar la suerte de los hombres y los asuntos de la política". Inmediatamente tomó sus bienes personales, su familia y se fue a la culpable villa. Y los periódicos que horas antes le combatían, se volvieron respetuosos y elogiosos: Leone había cumplido con su deber.

Hay un pequeño paralelo que establece con la tragedia de Nixon, con la de Agnew. Mínimo: un Presidente de Italia no tiene los poderes omnímodos sobre vidas y haciendas que tiene un Presidente de los Estados Unidos, y tampoco ha existido la defensa encarnizada de Nixon para no abandonar su cargo. Leone se ha desvanecido cómodamente al impulso de las fuerzas políticas. El paralelo es el de la capacidad democrática para expulsar cuerpos extraños, para disolver la corrupción sin sangre ni hierro. La potencia de la opinión pública, la fuerza de los partidos políticos. Pero no dejaría de ser una égloga de pastores del campo democrático. La democracia quizá permite menos formas de corrupción que la dictadura y tiene algunas maneras de denunciarla. Pero no es inmune. En Italia, precisamente, la corrupción es un vicio nacional.

Las razones por las cuales la democracia puede tener posibilidades para la corrupción son principalmente las de la falta de mecanismos para desarra-



Los presidentes del Senado y de la Cámara de Diputados, el democristiano Amintore Fanfani, y el comunista Pietro Ingrao, tras la dimisión del Presidente de la República.

en las sendas de la legalidad. No ha sido nunca un secreto que Leone ejercía esa calidad de guía y que por ello podía recibir grandes beneficios.

En 1976 surgió el asunto Lockheed: es decir, la serie de revelaciones y acusaciones surgidas en Washington contra los sobornos en Europa y otros continentes a altos personajes de la política para la venta de los aviones de dicha marca. Se ha sospechado más de una vez que se trataba de una revelación artificial: más que un problema de corrupción, un asunto político que los Estados Unidos movían —por la CIA o por el Departamento de Estado— para despegar políticos que no eran de su agrado o para amenazar a otros que parecían discolos. En Italia se complicó a algunos ex minis-

historia de la Lockheed, ha informado sobre posibles fraudes fiscales, sobre una especulación inmobiliaria —la finca—, sobre evasión de capitales. El 14 de junio, cuatro diputados de la extrema izquierda pidieron oficialmente la dimisión de Leone. Los diputados radicales han pedido algo más; que Leone y sus hijos sufrieran la investigación de un magistrado, que fueran procesados. En ese momento, el asunto no parecía aún peligroso. Pero de una manera impensada, se sumaron de pronto dos grandes partidos del "arco constitucional": los liberales, primero, y los comunistas, después. Desde la derecha, los liberales lanzaron un comunicado comentando que al propio Leone le convenía abandonar su alto puesto para defenderse me-



Leone con su mujer, "donna Vittoria", y sus hijos: los "tres golfos", como los ha denominado una conocida periodista italiana.

gar vicios anteriores: es decir, su estado permanente de construcción, su condición de lucha con el "antiguo régimen", que sigue prevaleciendo en toda Europa y en toda América. La democracia italiana está construida sobre pilares no democráticos: aparecen restos de feudalismo —sobre todo, en el Sur—, una fortísima influencia de la Iglesia —representada por el partido en el poder—, vestigios del poder ilegal —la mafia— o aún algo más que vestigios y una relación económica muy estrecha con el exterior, con un imperio que la nutre y que mantiene ya un principio de corrupción: dinero para luchar contra las fuerzas populares. Mafiosos, curas, barones y politicastros mantienen una estructura de estado en la que el ciudadano, para obtener sus derechos o simplemente para sobrevivir dentro de la burocracia devoradora, tiene que contar con favores, súplicas, peticiones, ruegos: con propinas o con grandes sobornos. Ocupar un puesto, en Italia, no es solamente servir al público y al país y obtener un sueldo a cambio; es también, y sobre todo, tener en las manos unas claves, unas posibilidades de favorecer o desfavorecer. Esto sucede con un conserje y asciende en la escala pública hasta el propio Presidente de la República. Es una estructura medieval y mediterránea. Naturalmente que no es sólo italiana: referirla ahora especialmente a Italia es sólo por su actualidad. El partido en el poder —la Democracia Cristiana— fue instalado por dinero de Estados Unidos: empezó por ser una corrupción. Años y años de ejercicio del poder no les ha incitado a cambiar de costumbres o a modificar las estructuras. Por el contrario, una forma de asentar el poder ha sido

la de dar cargos públicos a sus afines o sus aliados de ocasión. Y extender la corrupción. Hasta el punto de que el favoritismo, el nepotismo, la venta de oportunidades, no se distinguen fácilmente de la política.

Pero continúa el enigma de por qué precisamente en este momento estalla todo esto en las manos del viejo Leone. Quizá porque la Democracia Cristiana, que está en decadencia, quiere renovarse por la depuración, como los ancianos pícaros en la proximidad de la muerte. Galloni —católico progresista, en la dirección actual del partido con Zacagnini y Bodrato— decía recientemente: "El caso Moros ha cambiado: ciertas costumbres políticas ya no serán toleradas". La Democracia Cristiana, en pérdida sensible de electores, no querría exponerse a un "caso Nixon"; a seis meses de horror en el Quirinal, a una guerra de acusaciones y desmentidos. Despeñando a Giovanni Leone le haría representar un papel más en su vida. En cuanto al Partido Comunista, ha capitalizado firmemente la moral de la cuestión. Es un partido de incorruptibles. Sus enemigos dicen que es solamente porque no ha gozado nunca del poder y, por lo tanto, de la posibilidad de la venta de favores. Pero las administraciones comunistas en los pueblos y ciudades donde han triunfado son todo lo honestas que pueden ser dentro de un contexto nacional que no lo es: sus concejales, sus alcaldes, sus diputados, son pobres y honestos en líneas generales. Protagonizando la guerra contra la corrupción, el Partido Comunista italiano gana más votos que haciendo declaraciones teóricas o prometiendo paraísos. Ningún otro partido, de la izquierda o la derecha, podría tampoco defender a Leo-

ne: sus actividades son demasiado claras y demasiado conocidas. Y así aparece este triunfo de la democracia, que se depura a sí misma.

Pero la verdad, el fondo del asunto, el hecho insólito de que se fuerce a la dimisión a un Presidente de la República cuando lleva seis años y medio de actuación —sin sorpresas— y sólo le queda medio año, sigue siendo misteriosa. Quizá se encuentre la clave en la nueva elección.

Ningún candidato es convincente, hasta ahora. Correspondería esta vez la presidencia a un "laico", aunque ya se había descartado este turno (Moro sucedería a Leone, si todo hubiera sido normal). El laico puede ser aún De Martino, pero tiene a sus espaldas las sospechas y antipatías que antes quedan citadas. Podría, quizá, el Partido Socialista proponer a Antonio Giolitti, un intelectual del partido, economista apreciado, que representa a Italia en la Comunidad Económica Europea. Podría ser el republicano La Malfa. Sin embargo, a lo que parece, el Partido Comunista prefiere que sea un cristiano, capaz de aproximarse a sus tesis del "compromiso histórico". Si los socialistas presentan un "laico" que no sea del agrado comunista, los comunistas presentarían el suyo propio: se habla de Ingrao, de Amédola, de Lama. Podría ocurrir que los comunistas prefiriesen, ahora, a Zacagnini: discípulo de Moro, sigue la línea de colaboración con los comunistas, de su inclusión decisiva en el pacto del "arco constitucional". Se dice que en unas declaraciones de Berlinguer acerca del candidato que podría tener las condiciones precisas para la Presidencia de la República, se dibujó prácticamente la silueta de Zacagnini.

Estaría dentro de la táctica del partido: apoyar a alguien de la actual mayoría para sentirse apoyado por él. Y avanzar un paso en el compromiso histórico...

Las elecciones parecen presentarse de esta manera: al principio, cada uno de los grandes partidos presentará un candidato y lo votará, aunque solamente por cuestiones de forma. Después se entrará ya seriamente —es un decir— en un debate más concreto, en el que queden sólo dos candidatos en liza: un laico y un democristiano. Si se ha llegado a un acuerdo previo entre los partidos, la elección se resolverá con facilidad. Pero es posible que el acuerdo no se haga hasta que se estén celebrando las votaciones; es posible también que los nombres de la etapa final puedan cambiar a última hora, para que salga un "outsider" del que ahora no se habla, pero que contenga las suficientes dotes de compromiso. Es posible también que se discuta mientras si va a haber cambio de Gobierno o no; si se decide que sí, se sabrá ya quién va a formarlo y con qué ministros. Entonces, el Presidente de la República electo sabrá ya a quién habrá de encargar de formar Gobierno y con qué ministros, con qué dosificación. O si ha de disolver la Asamblea para proceder a nuevas elecciones generales. Si el acuerdo no se hace ya, las elecciones se prolongarán día tras día, hasta que se llegue a ese acuerdo. Si no se llega, pueden prolongarse mucho más, puesto que no hay una mayoría suficiente para ningún partido.

Puede ser que esté en todo esto la clave de la dimisión de Leone. Puede ser también que Leone supusiera una amenaza para la democracia. Es pronto para saberlo. ■ E. H. T.